

A person wearing a green long-sleeved tunic and a brown pleated skirt. Their hands are bound in front of them with thick, braided ropes. The background is a dark, textured wall.

JUAN PEDRO COSANO

LLAMÉ
AL CIELO
Y NO
ME OYÓ

JUAN PEDRO COSANO ALARCÓN

LLAMÉ AL CIELO Y NO ME OYÓ

m̄

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2015, Juan Pedro Cosano Alarcón

© 2015, Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

C/ Josefa Valcárcel, 42. 28027 Madrid

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-270-4190-5

Depósito legal: B. 8.632-2105

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

Impreso en España-Printed in Spain

I

EL HOSPITAL DE LA SANGRE

Jerez, diciembre de 1735

La calle que todos en Jerez conocían como calle de la Sangre se hallaba silenciosa a esas horas de la noche. Y oscura como el pelaje de un jabalí. En ninguna de las casas que jalonaban la ancha calle, todas de una o dos plantas y fachadas enjalbegadas, titilaba un solo velón. Todos sus moradores dormían a esas alturas de la madrugada, esperando un nuevo día que se aventuraba húmedo y ventoso, como habían sido todos los de ese mes de diciembre de 1735.

El viejo hospital de la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo permanecía, como el resto de las casas, silencioso y sombrío. Puertas, ventanas y postigos, cerrados a cal y canto, parecían querer aislar de la ciudad los desconsuelos que se acumulaban en su interior.

El hospital de la Sangre había sido fundado por el carpintero Nuño García casi tres siglos atrás, en unas casas que poseía en la collación de Santiago. Después de la primera reducción hospitalaria de finales del siglo dieciséis, el hospital había quedado para la atención de mujeres enfermas, incluidas las aquejadas de bubas; para acoger a mujeres transeúntes, evitando con ello que pernoctaran en los mesones y se prostituyeran o fueran objeto de la lascivia de los hombres; y para cobijar a niños expósitos y desamparados.

Poco después de que las campanas de la iglesia de Santiago tañeran anunciando las dos de la mañana, una figura vestida de negro, con paños humildes, desafiando la queda, salió de una casa de la cercana calle de la Orden. De una casa cuya ele-

gancia contrastaba poderosamente con la humildad que rezumaba todo en aquella figura. Un manto de lienzo oscuro le cubría la cabeza, pero no ocultaba del todo un cabello rubio que fulguraba en la penumbra de la madrugada. Miró a diestra y siniestra antes de abandonar el zaguán, y en esos momentos un rayo de luna escapó del lecho de nubes que oscurecía el cielo y destelló sobre su pelo dorado. Se cercioró de que la calle estaba desierta y echó a andar. Llevaba en sus brazos un pequeño bulto envuelto en una manta clara y caminaba insegura, como adolorida. A pequeños pasos y como si le costara mantener el equilibrio. Alcanzó la calle Enramadilla y torció a la derecha, hasta llegar a la calle de la Sangre. Se detuvo un instante, contemplando la fachada del hospital del mismo nombre, como si dudara, y en esos momentos su pecho subió y bajó compulsivamente, presa de un llanto incontenible. No reanudó la marcha hasta que el llanto amainó. Se obligó a respirar hondo, arrebujó en la manta al pequeño bulto que portaba en sus brazos y siguió el camino. Asegurándose de que no había nadie en la calle, cruzó la calzada y se plantó delante de la inmensa puerta del hospital, ominosa bajo el dosel de piedra labrada.

Dieron los cuartos en un campanil cercano.

Conteniendo el llanto a duras penas, descubrió con inmensa ternura la cara del recién nacido que llevaba en sus brazos. Miró sus ojitos cerrados, la tez rubicunda, la naricita respingona y la pelusa de vello rubio que cubría su pequeña cabecita en la que aún quedaban rastros de la sangre del parto. Y llevó sus labios trémulos hasta la mejilla de la niña que dormía ajena a la tragedia que desolaba a su madre y que desaguó en unas lágrimas cálidas que mojaron la lana de la manta. Le susurró palabras que nadie pudo oír. Sintiendo que el corazón se le rompía a pedazos, abrazó a la niña por última vez, la besó de nuevo y la depositó con cuidado ante la puerta del hospital. Hizo sonar la aldaba de bronce una, dos, tres veces, con tanta fuerza como su brazo tembloroso le permitía, y no se retiró de allí hasta que oyó ruido de pasos que se acercaban tras la puerta cerrada. Entonces, con todo su cuerpo y su alma quebrantados, corrió calle abajo hasta refugiarse en la esquina del Angostillo de Santiago.

Amparada por las sombras, vio cómo la puerta del hospitalito se abría, cómo una mujer entrada en años y vestida

de negro miraba a un lado y otro, buscando a quien había hecho sonar la aldaba a horas tan intempestivas, y cómo finalmente se apercibía del pequeño bulto depositado a sus pies. Vio cómo la mujer se agachaba, cogía en sus brazos a la recién nacida, pronunciaba palabras que no pudo oír, miraba de nuevo a un lado y otro de la calle hasta por fin adentrarse en la oscuridad del hospital. Oyó cerrarse la puerta con un crujido sordo, y entonces se dejó caer de rodillas sobre las frías piedras del Angostillo, se llevó ambas manos a la cara y no pudo evitar que el llanto la asaltase como una bandada de cuervos. No le importó que comenzase a llover y que el agua de la lluvia se confundiese con sus lágrimas sobre sus mejillas heladas.

Al fin, cuando ya no le quedaron lágrimas, empapada de lluvia y llanto, se incorporó, buscó la esquina de la calle Enramadilla para no tener que contemplar de nuevo las puertas cerradas del hospital, llegó a la calle de la Orden, a su pequeña habitación de la planta baja de la casa palaciega situada en mitad de la calle, y se dejó caer, desconsolada y exhausta, sobre la yacija que ocupaba buena parte del cuarto. Allí, a través del único ventanuco de la estancia, derrengada, como catatónica, sin apenas pestañear, vio desfilar las horas de la noche hasta que la oscuridad dio paso a las primeras luces de un alba incierto. Un alba gris y triste que no le trajo el sueño, sino un llanto inmenso, unas lágrimas densas, casi sólidas, como espinas que atravesaran su corazón deshecho, su corazón de madre.

Isabel Ruiz Vela era su nombre.

* * *

Sagrario Ramírez llevaba tanto tiempo en el hospital de la Sangre que ya ni siquiera tenía memoria de los años que había pasado allí. Había sido recogida en aquella institución cuando apenas era una niña, después de que sus padres y hermanos muriesen a causa de la epidemia de fiebres tercianas que había asolado Jerez a principios de la década de los noventa del siglo anterior. Y aunque ella había sobrevivido a las calenturas, la enfermedad había sido, si no mortal, sí implacable, y le había dejado la piel llena de pústulas que con el

paso del tiempo se habían convertido en cárdenas cicatrices que inundaban su cara y su cuerpo.

Los patronos y clérigos del hospital de la Sangre solían entregar a las niñas que recogían a familias pudientes para que se encargaran de cuidarlas, alimentarlas y educarlas una vez llegadas a los doce años; a cambio, las niñas servían en la familia como criadas hasta que cumplían los veinte, momento en que quedaban liberadas del servicio y tenían derecho a recibir de sus empleadores una dote de diez mil maravedíes para que pudieran casarse.

Con Sagrario Ramírez había sido diferente. Su aspecto deforme había hecho que ninguna familia, ni de la collación de Santiago ni de ninguna otra de Jerez, quisiera darle cobijo, y se vio obligada a permanecer entre los muros del hospital. Y allí habría languidecido, rodeada de enfermas y dolores, si no hubiera sido por su carácter amable, por su alegría contagiosa, que le habían permitido ganarse primero la compasión y luego el cariño de don Antonio Mercado, cirujano de la institución, hombre ejemplar, de corazón caritativo, que había sabido apreciar las virtudes de Sagrario por encima de la fealdad de su exterior. Y la había acogido bajo su amparo, protegido de las burlas de sanitarios y dolientes y enseñado las primeras letras y los rudimentos de la enfermería. Y ahora, a sus cuarenta y muchos años, Sagrario Ramírez estaba hasta tal punto unida al hospital que nadie de los que allí vivían, enfermas, huérfanos, médicos o enfermeras, podía imaginarse el establecimiento sin la presencia de esa mujer bajita y gorda, siempre vestida de negro, con el semblante lleno de mataduras y el pelo ralo y lacio, pero que aceptaba la vida que le había tocado vivir con una alegría desbordante y una bondad sin límites.

Sagrario dormía en la planta baja del hospital de la Sangre, junto a la enfermería de verano. Lo hacía en la pequeña alcoba cercana a la puerta de entrada, un cuarto minúsculo donde apenas cabían una cama, un arcón donde la mujer guardaba sus ropas y un estante bajo de madera donde atesoraba las pocas pertenencias que a lo largo de su vida había acumulado, todas insignificantes.

Después de tantos años acostumbrada a despertarse en plena noche con los quejidos y ayes de las enfermas y con los

llantos de los expósitos recién llegados al hospital, su sueño era tan frágil como una brizna de hierba. Se despertaba con cada lamento, con cada crujido, con cada sollozo. Esa noche se levantó de un salto de la cama en cuanto oyó el primer golpe de la aldaba resonar sobre la madera de la puerta. Se calzó las babuchas, se abrigó con una pañoleta y oyó resonar el aldabón por segunda y por tercera vez mientras cruzaba el atrio hasta la puerta.

—Ya voy, ya voy —murmuró más para sí que para quien pedía albergue a horas tan inclementes.

Descorrió los postigos, abrió despacio el portón, se asomó al exterior y miró a un lado y otro de la calle. Pero ésta estaba desierta, no había ni un alma en aquel lugar. «¿Quién habrá llamado a estas horas de la noche? —se preguntó—. ¿Y por qué habrá huido, si todos en Jerez saben que aquí nunca nos negamos a aliviar dolores ni a remediar desamparos?».

Fue entonces cuando advirtió el pequeño bulto que había a sus pies. La delgada manta de lana clara rutilaba en la oscuridad como un pequeño charco de luna. Supo lo que era antes de agacharse y tomar el bulto en sus brazos.

—Dios bendito —susurró—. Santísima Virgen de la Merced...

Apartó la mantita y observó las facciones del recién nacido, que dormía plácidamente, ajeno a su propia tragedia. Contempló la pequeña nariz, las orejitas enrojecidas, los labios amoratados que se movían como si buscaran el pecho de su madre.

—Es una niña —dijo para sí la enfermera—. ¡Y apenas si lleva horas en este mundo!

Volvió a mirar a un lado y otro de la calle oscura hasta cerciorarse de que no había nadie por allí. Se llevó a la niñita a su pecho rotundo, como para darle calor. Y sin dejar de mirar esos ojitos dormidos, cerró la puerta del hospital, comprobó que nadie más había acudido a la llamada a deshoras y se refugió en su pequeño cuarto. Dejó a la niñita sobre la cama, la arropó con cobertor y colcha, fue a la cocina, llenó con leche de vaca un cazo que calentó en uno de los fogones, lo endulzó con azúcar de pilón y regresó rauda a la alcoba. Alimentó a la niña con pequeñas cucharadas de leche tibia y a punto estuvo de llorar cuando vio que los pequeños ojos se abrían y

que unas pupilas gris azuladas la contemplaban fijamente. Aunque sin ni siquiera poder ver, de chica que era. Cuando acabó de darle de comer, limpió los rastros de sangre de su pelo, la acunó en sus brazos y le cantó bajito antiguas nanas que había escuchado de algunas de las enfermas del hospital, nanas dulces e ingenuas que a lo mejor también alguna vez su propia madre le había cantado, antes de que las fiebres destruyeran sus vidas. Después, cuando la niña se durmió de nuevo, la tendió en la cama, se recostó junto a ella y la arropó.

Pensó qué nombre tendría aquella niña. Si es que tenía, que lo dudaba. Pensó en su madre y en los motivos que la habrían impulsado a abandonar a su hija en el portal de un hospital en plena noche. A convertirla en una expósito. Y no fue capaz de hallar ninguno. Al menos, ninguno tan poderoso que justificara tanta renuncia. Pensó en cómo llamar a esa niña, en qué nombre darle. Se dijo que con el alba nacería el día 13 del mes. Se levantó, con cuidado de no despertar a la niñita, se acercó al estante y abrió el misal. Buscó en el santoral y comprobó que el día 13 de diciembre era la festividad de Santa Lucía, patrona de los pobres y de los niños enfermos. Una señal del cielo, sin duda alguna, pensó Sagrario, porque ¿puede haber mayor pobreza que la soledad? ¿Puede haber mayor enfermedad que el abandono?

—Lucía... —musitó Sagrario Ramírez, contemplando el pequeño bulto que dormía apaciblemente sobre el colchón de pajas—. ¡Qué hermoso nombre!

Volvió a acostarse y abrazó a la recién nacida.

—Lucía, te llamarás Lucía —dijo, más para sí que para la pequeña durmiente. Y recordó los apellidos que solían darse a los niños expósitos y eligió uno entre ellos, el que más sublime le pareció. Y volvió a musitar—: Lucía... Sí. Lucía de Jesús.

II

LA EJECUCIÓN DE CLEMENTE ACEVEDO

Hacía un frío que pelaba en esos últimos días del mes de octubre del año del Señor de 1755.

Un viento húmedo y racheado asolaba la plaza del Arenal, atestada de gente a pesar de lo despiadado del clima y de lo temprano de la hora. A nadie parecía importarle ese aire inclemente que descabellaba a los hombres, despeinaba a las mujeres, hacía volar los sombreros como si tuvieran vida propia, levantaba la arena de la plaza y agitaba con inusitada crudeza las ramas de los pocos árboles de los alrededores.

El ambiente que había era el de las grandes ocasiones. Todos los balcones de los edificios que rodeaban la plaza, los de las Carnecerías, los de la casa de la Pescadería, alquilados para la ocasión, estaban llenos de hidalgos, caballeros y damas que habían pagado sus buenos reales para lograr la mejor vista. Y el pueblo llano colmaba el Arenal, expectante y deseoso de que comenzara el espectáculo anunciado por los pregones de los días previos.

Las conversaciones que habían resonado en la plaza desde poco después de las ocho de la mañana cesaron de repente en cuanto el sonido del tambor y del clarín anunció la llegada de la comitiva, que apareció por la puerta Real. El silencio se apoderó del lugar como por ensalmo, hasta el punto de que a pesar de la distancia sólo se oyó en esos instantes la voz del pregonero que encabezaba el desfile que se aproximaba al Arenal desde la muralla:

—¡Ésta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor y en su real nombre don Rodrigo de Aguilar y Pereira, juez de lo criminal de residencia del concejo de esta muy noble y

muy leal ciudad de Jerez de la Frontera, en este reo que ha sido condenado a muerte en causa seguida de oficio de la real justicia contra él por la muerte violenta dada a Josefa Luisa Arjona, menor de edad, de quien además abusó en su virtud, y demás deducido en el proceso!

Pedro de Alemán, situado en lugar de privilegio junto al rollo dada su condición de abogado defensor del reo sentenciado a muerte, sintió que las carnes se le ponían de gallina en cuanto oyó la voz grave y sonora del pregonero, que sobresalía por encima del retumbo del tambor y del tañido del clarín. Se arrebujó en su capilla negra de letrado, se giró y contempló la comitiva que se aproximaba.

A las nueve en punto de la mañana, el reo, Clemente Acevedo, había sido sacado de la cárcel real situada en el sótano de la Casa de la Justicia, en la plaza de los Escribanos. Llevaba sogas al cuello, vestía sotana corta de sarga descolorida, iba engrilletado de pies y manos y venía de pie sobre la caja de una carreta tirada por una mula negra. El viento, que levantaba el ruedo de su sotana con su soplido fiero, dejaba ver sus piernas huesudas y llenas de vello. Desde la cárcel real, hombres y mujeres del pueblo llano —los que no habían cabido en la plaza del Arenal y en sus inmediaciones— habían jalonado la plaza de los Escribanos, el Angostillo de San Dionisio, la plaza de la Yerba y la calle de la Caridad hasta llegar a la puerta Real. Algunos de ellos, entre escarnios, habían asaeitado al reo con verduras pasadas, huevos podridos y piedras del camino que ahora llenaban de manchas y pestilencias la caja de la carreta y de churretes de sangre la cara del condenado. La mayoría, empero, contemplaba al convicto con más pena que otra cosa, consciente de que se hallaba ante un zagal sin razón, sin maldad y sin conciencia de su crimen.

Lo más granado de la justicia jerezana y lo más preclaro del gobierno de la ciudad precedían la carreta en la que marchaba Clemente Acevedo: allí, sobre un rocín blanco y luciendo garnacha engalanada, iba don Rodrigo de Aguilar y Pereira, juez de lo criminal, que dos años atrás había sustituido a don Nuño de Quesada y Manrique de Lara, a quien muchos curiales aún añoraban; el promotor fiscal don Laureano de Ercilla Marín; don Lorenzo Fernández de Villavicencio y Spínola, veinticuatro de Jerez y alcaide de sus alcázares, tercer

marqués de Vallehermoso y señor de Casa Blanca; don Fernando de Paredes y García-Pelayo, alcalde mayor; don Manuel Cueva Córdoba, alguacil mayor del concejo; don Baltasar Morales Maldonado, caballero veinticuatro diputado de Cárcel y Hermandad; don Damián Dávalos y Domínguez, escribano del cabildo, que daba fe de lo actuado y de cuanto acontecía, y otros jurados y regidores, todos ellos vistiendo mantilla de damasco negro con flecos pero sin cañoneras ni tapafundas y a lomos de caballos ataviados con estribos de hierro. Delante de ellos, abriendo el desfile como si de una procesión de Semana Santa se tratase, alguaciles y corchetes, el pregonero, un clarinero y un tamborilero y cinco dragones del Regimiento de Dragones acuartelado en el alcázar con un oficial al mando vistiendo sus mejores galas. Sólo se echaba en falta la figura del corregidor: terminado el mandato de don Nicolás Carrillo de Mendoza, aún no había llegado a Jerez su sustituto. En su ausencia, presidía el desfile don Diego Ignacio de Villavicencio, teniente de corregidor letrado, enfundado en lujoso uniforme de la Orden de Calatrava. Y también estaba allí, en el cortejo de poderosos, don Raimundo José Astorga y Azcargorta, marqués de Gibalbín y antiguo depositario general del concejo, que cabalgaba en las últimas filas de la comitiva y que tenía la mirada fija, aún desde la lejanía, en el abogado de pobres. Una mirada que destilaba un rencor profundo como una sima.

Pedro de Alemán y Camacho, sobrecogido más que por el frío de la mañana por lo aterrador del espectáculo, fijó la mirada en su desdichado cliente, el condenado Clemente Acevedo, y pudo distinguir sus rasgos cuando el séquito se acercó al edificio de la Alhóndiga. Recordó entonces, como si lo estuviese viviendo en ese mismo instante, el juicio celebrado hacía tan sólo un puñado de semanas en la Casa de la Justicia.

Clemente Acevedo, de apenas dieciséis años pero con cuerpo de mocetón, muy delgado y fibroso, había sido acusado de dar muerte a Josefa Luisa Arjona, de trece años de edad, hija de un zapatero de la collación de San Lucas, con casa y tienda abierta en la calle de los Baños Viejos, que se llamaba así porque en ella habían existido unos baños moros. Clemente Acevedo, a quien todos en la collación llamaban Clementito, vivía con su madre viuda en la calle de Don Juan

Dávila, muy cerca de donde la niña moraba. A ambos, Clementito y Josefa Luisa, se les solía ver jugando juntos en la plaza de Belén y en las callejuelas del barrio, ora a piola, ora al escondite, ora a la pizpirigaña, ora persiguiendo gatos vagabundos o atando trastos viejos a las colas de los perros, o simplemente mirándose uno a otro durante ratos interminables o conversando en su jerga ininteligible. Porque los dos, Pepita Luisa y Clementito, compartían un rasgo común: ambos eran retrasados; apenas si hablaban, pues bisbisaban palabras incoherentes; corrían por plazoletas y callejuelas como locos, sin importarles carros, caballeros ni viandantes; y reían a gritos, alegres y gozosos en su propia estulticia.

Felices, decía todo el mundo. Felices en su bendita inconsciencia.

Sin embargo, una mañana de verano, Pepita Luisa Arjona apareció muerta bajo un árbol en la plaza de San Lucas, justo frente a la iglesia del evangelista. Un moratón cárdeno rodeaba su cuello blanco, tenía faldas y enaguas levantadas y la ropa interior desgarrada. Un reguero de sangre se deslizaba por sus muslos pálidos. Sus ojos, vidriosos y abiertos, miraban sin ver un cielo radiante. En sus labios entreabiertos aún se dibujaba una sonrisa ingenua. A su lado, con ademán de no entender nada, Clementito Acevedo, nervioso pero sonriente —con esa sonrisa floja de los tontos—, con las manos temblorosas y manchadas de sangre, miraba el cadáver de la niña sin darse cuenta de lo que pasaba, de lo que había hecho. Decía una vez y otra, con su hablar balbuceante:

—Pepita, levántate, anda, levántate, levántate... Sólo estábamos jugando, ¿verdad? Sólo estábamos jugando...

Durante el juicio, celebrado en los últimos días de julio, Pedro de Alemán, que había asumido la defensa de Clemente Acevedo en su condición de abogado de pobres del concejo, había luchado hasta la extenuación intentando hacer ver al juez don Rodrigo de Aguilar y Pereira que el acusado era incapaz, que no era dueño de sus actos, que no sabía lo que había hecho, y que la muerte de Josefa Luisa Arjona no había sido más que la consecuencia fatal de los juegos desquiciados de dos pobres orates.

Con sustento en la *Constitutio Criminalis Carolina* promulgada por el rey Carlos Primero, que permitía el auxilio de un

perito médico como *amicus curiae* en el juicio para establecer si el procesado padecía un trastorno mental o no, había requerido el testimonio del médico don Alejo Rodríguez, que había determinado que Clemente Acevedo no se hallaba en el uso de sus potencias, que era un retrasado sin control sobre sus impulsos, que era un *demens*. Había invocado las disposiciones de las *Partidas* del Rey Sabio, que establecían la irresponsabilidad penal para los locos furiosos, desmemoriados y menores de diez años. Y había impetrado la misericordia del tribunal. Don Rodrigo de Aguilar y Pereira, sin embargo, era, por lo que se vio, de los que todavía pensaban que los locos eran seres malignos rozados por el diablo y no mostró ni piedad ni compasión con el pobre Clementito. Lo condenó a muerte en la horca en el rollo de la plaza del Arenal, y si no decretó su previa flagelación ni su posterior desmembramiento fue sólo porque don Laureano de Ercilla, promotor fiscal y hombre más benigno que el juez de lo criminal, no lo había solicitado en su escrito de acusación.

Pedro de Alemán contempló en silencio cómo, al son del tambor y del clarín, la comitiva se acercaba al patíbulo levantado en la plaza por los carpinteros del concejo. Su mirada, turbia por la emoción que lo acongojaba, se encontró con la de Clemente, que ensanchó su sonrisa estúpida al ver al hombre que lo había visitado en dos ocasiones en la cárcel real y que había pasado toda una mañana junto a él, en una sala muy grande donde había mucha gente, hablando de cosas que no había entendido. Intentó incluso alzar la mano para saludarlo, pero los grillos que lo aherrojaban se lo impidieron. La voz del pregonero, recia como la campana Gorda de la torre de la colegial, sonaba como un trueno en el silencio helado de la plaza y encogió el corazón del abogado:

—¡... en pena y castigo de sus maldades y para que a otros sirva de escarmiento...!

Junto a Alemán, la madre de Clemente Acevedo, diminuta, vestida de negro y con el pelo gris revuelto por el viento despiadado, se derrumbó en un llanto sordo que amenazaba con asfixiarla. El abogado se acercó a ella, pasó el brazo por sus hombros huesudos e intentó consolarla. Pero no le salieron las palabras y se limitó a permanecer ahí, a su lado, en

silencio, sintiendo cómo esa mujer se ahogaba en llanto al contemplar a su hijo alienado de camino a la horca.

Los dragones que precedían la comitiva abrieron un pasillo en la entrada de la plaza para que juez, fiscal, teniente de corregidor, veinticuatro, regidores, clérigos, alguaciles y restantes dignatarios que la integraban pudieran acceder al lugar donde el patíbulo se levantaba. Muchos de los allí presentes contemplaban con admiración los suntuosos ropajes de los caballeros, que lucían sus mejores galas; los brillantes bicornios negros con plumaje y las capas con esclavina hasta la cintura de los alguaciles; los vistosos atavíos de los caballos; las relucientes casacas amarillas de los soldados; la pompa y el esplendor de la comitiva. Pero la mayor parte de los hombres y mujeres que atestaban la plaza del Arenal sólo tenía ojos para Clementito Acevedo, indefenso como un cordeiro en el sacrificio, patético con su túnica corta que le dejaba las piernas al aire, conmovedor con su pelo revuelto, la sangre manando de las heridas de frente y brazos, trágico con su mirada inocente que hablaba a las claras de su demencia.

Ante el patíbulo, Clemente fue bajado del carro por dos alguaciles y conducido a la plataforma sobre la que pendía la soga. El silencio podía cortarse en la plaza, apenas turbado ahora por los gemidos del viento en aquella mañana gélida de octubre. El verdugo se acercó al reo y colocó la soga sobre el cuello delgado de Clementito. Antes de que lo encapuchara, uno de los clérigos que lo habían acompañado desde la cárcel real se acercó al condenado y le dijo palabras que el rugido del viento impidió oír. Clemente Acevedo no respondió a las exhortaciones del cura: se limitó a ensanchar su sonrisa estulta y a bizquear al intentar mirar la gruesa soga que le aprisionaba el gáznate. Con gesto que era mitad de lástima y mitad de hastío, el cura dio un paso atrás e hizo una indicación al verdugo, que colocó la capucha sobre la cabeza del reo. Sólo entonces, cuando se sintió encapuchado, se oyó la voz del zagal, que cloqueó a gritos palabras ininteligibles que a duras penas la caperuza amortiguaba. Cesó en sus desquiciados chillidos cuando oyó la voz, ronca y conmovida, de don Damián Dávalos y Domínguez, escribano del cabildo, que dio lectura al fallo de la sentencia, tras la cual tragó saliva y, como si la voz se le hubiera ido apagando, preguntó:

—¿Tiene el reo algo que decir?

Un silencio sepulcral rubricó la pregunta del escribano. Clementito Acevedo, aherrojado y encapuchado, expuesto al frío de octubre sobre el patíbulo, se limitó a proferir un grito ahogado que cesó enseguida. Don Damián Dávalos miró a don Rodrigo de Aguilar, juez de lo criminal, que asintió sin decir palabra. Y miró luego a don Fernando de Paredes y García Pelayo, alcalde mayor, que rehuyó la contemplación.

—¡Que se cumpla, pues, la sentencia! —exclamó don Damián, al mismo tiempo que daba un paso atrás y enterraba la mirada en la arena de la plaza, como sin querer ver lo que iba a acontecer.

El verdugo se adelantó, comprobó que la soga estaba bien ajustada al cuello del condenado, dio un paso al lado, asió la palanca situada junto a uno de los postes del patíbulo y fijó la mirada en don Manuel Cueva Córdoba, caballero veinticuatro y alguacil mayor. Éste, tras un instante de duda, asintió imperceptiblemente. El verdugo paseó la mirada por la concurrencia, como dando tiempo a que todos centraran su atención en él. En la plaza tan sólo se oía el llanto de la madre del reo, que, al pie del cadalso junto a Pedro de Alemán, gemía espasmódicamente, a punto de desfallecer, y los rezos de los curas, que a una sola voz entonaban el padrenuestro:

—*Pater Noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen Tuum, adveniat Regnum Tuum, fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra...*

La palanca de madera chirrió como el graznido de una gaviota, accionada por el verdugo. Con un ruido ominoso, la trampilla se abrió, el reo perdió pie y el cuerpo de Clementito Acevedo quedó colgado de la soga, pataleando como un títere en manos de un cómico inexorable. Tardó más de tres minutos en dejar de patalear. Tres minutos durante los cuales el silencio cubrió la plaza como un manto inmenso y negro. Como una enorme medusa. Hasta el viento dejó de soplar durante esos tres minutos interminables. Al fin, el reo murió. Y lo hizo por asfixia y no por desnucamiento.

Pedro de Alemán, trémulo, sintió que la madre del ajusticiado se desvanecía en sus brazos. Varias vecinas se acercaron corriendo y se llevaron a la mujer, desmayada y pálida, como muerta. El abogado de pobres quedó solo a los pies del patíbulo, sin saber qué hacer, sin saber cómo actuar en esos

momentos, mirando con ojos húmedos el cuerpo exánime de Clemente, que se balanceaba colgado de la sogá al compás del viento, que había vuelto a soplar iracundo. Salvo por esos bufidos del levante, el silencio en la plaza era funesto. Un médico se acercó al cuerpo oscilante, alzó la mano, la depositó en el cuello del ahorcado y con un gesto de la cabeza certificó que Clementito Acevedo era cadáver. Y se fue a redactar la fe de muerte. Volvieron a sonar tambor y clarín y la comitiva volvió a formarse para regresar a la Casa de la Justicia. Los ojos de Pedro de Alemán se encontraron con los de don Rodrigo de Aguilar, que lo miró desafiante. El abogado sostuvo la mirada del juez hasta que éste le dio la espalda para montar en su caballo. No reparó en el marqués de Gibalbín, que lo contemplaba con sonrisa irónica, como queriendo rubricar su fracaso.

Pedro de Alemán sentía cómo el viento de levante penetraba en sus huesos a través de capilla y casaca. Un viento ululante y helado, adecuado al trágico espectáculo que se había vivido en la plaza. Tuvo que llevarse la mano a la cabeza para impedir que su gorra de letrado se le volase. La multitud, poco a poco y en silencio, con las cabezas agachadas para protegerse de la cruda corriente, abandonaba el Arenal. El cuerpo del ahorcado fue descolgado y, aún con la capucha puesta, fue depositado de nuevo en el carro, que enseguida se puso en marcha rumbo al cementerio de la Alcubilla, donde se enterraba a los ajusticiados por el concejo que no habían sido condenados al desmembramiento.

Alemán desvió la mirada y se giró, sin saber qué hacer, sin saber adónde ir. Comenzó a andar en dirección al Arco del Corregidor, cavilando si refugiarse en su oficina de abogado de pobres. Mas la saliva se le acidulaba con sólo pensar en sumarios y autos, en pleitos y querellas en esos momentos. Se sentía desvalido, impotente, inútil. Pasó de largo por la Casa del Corregidor y enfiló el camino del alcázar.

—Don Pedro... ¡Don Pedro!

Pedro de Alemán se dio la vuelta muy lentamente, como si tuviera los músculos agarrotados. Contempló en la distancia la plaza del Arenal, ya casi vacía de gente. El patíbulo se alzaba en sus medios como un esqueleto enorme y fatídico. Oyó de nuevo su nombre y sólo entonces se apercibió de que

por su izquierda se aproximaba don Luis de Salazar y Valenzequi, uno de los más célebres abogados de la ciudad, habitual defensor de iglesias y conventos.

El letrado Salazar, con fama de soberbio y prepotente, miró sin embargo a su colega con ojos llenos de simpatía.

—No son buenos momentos para estar solo —se limitó a decir.

El abogado de pobres asintió y reanudó su caminar, con don Luis de Salazar y Valenzequi a su lado. A pesar de que era hombre de edad, no parecía resentirse del ritmo de su colega.

—Por cosas como ésta hace años que decidí no asumir la defensa de quienes estuviesen imputados por delitos que pudieran llevar aparejada la pena capital —anunció—. Soy ya demasiado viejo para esto.

—El abogado de pobres no elige a sus clientes, don Luis —repuso Alemán.

—Lo sé, lo sé, claro. Y a más de uno nos extraña que aún siga siéndolo usted, don Pedro.

—Alguien tiene que defender a gente como Clemente Acevedo y como tantos otros que no disponen ni de un maravedí para gastar en abogados.

—Claro. Por supuesto. Y así ha de ser. Lo que pretendía decirle es que, después de... ¿qué tiempo lleva usted como abogado de pobres, señor de Alemán?

—Va para siete años, don Luis.

—Y tiene usted ya... ¿cuántos?

—Cumplí treinta en agosto pasado —contestó Alemán, al mismo tiempo incómodo por esas preguntas que se le antojaban impertinentes y sin sentido, y aliviado por poder evadirse del recuerdo de su cliente Clemente Acevedo colgando de la horca.

—A esa edad, don Pedro, todo buen abogado, y usted lo es, tiene ya su bufete y se dedica a sus propios pleitos.

—Tengo mi propio bufete, don Luis, que compagino con mi oficio de abogado de pobres, como le consta permiten las pragmáticas. Y como también me consta conoce usted.

—Sabe usted a qué me refiero —dijo Salazar, deteniéndose al llegar a la esquina de la plaza de la Justicia, donde comenzaban las calles Gloria y Letrados, en las que radicaban los bufetes de los más prestigiosos abogados de Jerez—. Su-

pongo que ha sido un día duro para usted y, si no tiene nada mejor que hacer, tal vez podríamos compartir una copa de vino en mi bufete.

Pedro de Alemán se detuvo a su vez y miró con interés a su viejo colega, sin poder disimular su sorpresa. No eran habituales en don Luis de Salazar tales afabilidades.

—Ha sido un día duro, sí. No es nada agradable ver a un cliente morir colgado en la horca. Aunque no sea de pago. Una vida es una vida, al fin y al cabo.

—Por lo que me cuentan, no tiene usted nada que reprocharse. Uno de mis pasantes estuvo en el juicio y me asegura que su defensa fue impecable, que se dejó la piel en la sala por ese desdichado. Y que posiblemente, de haber estado cualquier otro juez presidiendo la vista, el resultado no habría sido la condena a muerte. ¿Qué me dice de ese vino?

—Que le agradezco sus palabras y su convite, don Luis, pero que es temprano para vino y demasiado tarde para conversar sobre ese aciago juicio. Discúlpeme usted. Éste es de los momentos en que el abogado tiene que estar solo, como usted bien sabe, meditando, pensando en lo que ha hecho y en lo que pudo hacer, en lo que dijo y en lo que dejó de decir, y eso es lo que me pide el cuerpo.

—Eso es mortificarse, don Pedro.

—La vida es una mortificación continua, don Luis. Y más si se es abogado.

Un trueno sonó con estrépito a lo lejos, como si una mano enorme estuviese aporreando la campiña jerezana. El cielo se hizo aún más negro, las nubes parecieron abigarrarse y una lluvia helada comenzó a caer en esos instantes.

—¡Sangre de Cristo! —exclamó don Luis de Salazar y Valenzequi, arrojándose en su elegante y negra capa—. No parece que al cielo le haya agradado la ejecución de ese infeliz. Don Pedro, comprendo su inquietud. Pero, por favor, cuando tenga un momento, recuerde que me gustaría hablar con usted. Es un asunto que... digamos que es de mi interés. Y que puede serlo también del suyo. Y quede con Dios ahora, y no se castigue en exceso, que no tiene motivos para ello.

Pedro de Alemán contempló cómo el viejo abogado, intentando resguardarse de la lluvia bajo los aleros de los edificios, se introducía en la calle Gloria buscando la calle Letra-

dos, camino de su casa. Estuvo unos momentos parado en la esquina de la plaza, pensando de qué querría hablar Salazar con él. No compartían ningún pleito en esos días, y no acertaba a adivinar la razón por la cual el ilustre letrado jerezano había manifestado tanto interés en que conversaran. Y estuvo allí detenido hasta que la lluvia caló sus ropajes y le mordió los huesos con una dentellada glacial. Se refugió a la carrera bajo uno de los árboles del Llano del Alcázar y allí aguardó hasta que el aguacero amainó.

Poco antes de que lo hiciera, una vieja vestida de negro pasó a su lado, andando lentamente, ajena a la lluvia y al viento. Pedro de Alemán sintió un repelucó al oír su murmurio:

—¡Castigo del cielo...! Castigo del cielo... La muerte de ese infeliz nos va a traer una gran desgracia... una gran desgracia, sí... Una gran desgracia...